

*Me importó la obra 30 pesos.
Hidro Flores*

HISTORIA

GENERAL

Bx 943
BA
DE LA IGLESIA

DESDE LA ELECCION DE CLEMENTE XIII HASTA LA BULA APOSTOLICUM EN 1765

V. 7

LIBRO SEXTO

Por el Baron Henrion

Corregida y continuada desde el año 1719, en que la hizo su autor, hasta el año 1843

Y APROBADA POR LOS SEÑORES DIRECTORES

Por el Baron Henrion

Comendador de la orden de San Gregorio el Grande, caballero de la Real orden de San Fernando y San Isidro, e individuo de la Academia romana de la Religión católica

TRADUCIDA AL ESPAÑOL Y AÑADIDA EN LO RELATIVO A ESPAÑA



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

MADRID: 1832
Con licencia del Ordinario

IMPRESA DE EL CATOLICO A CARGO DE D. JOSE M. CAÑADA,
calle de San Marcos, número 3, principal de arriba.



HISTORIA

GENERAL

DE LA IGLESIA.

LIBRO SEXTO.

(NONAGÉSIMO PRIMERO.)

Desde la elección de Clemente XIII en 1758, hasta la bula APOSTOLICUM en 1765.

El cónclave que siguió á la muerte de Benedicto XIV, se compuso solamente de cuarenta y cuatro cardenales, y se abrió en 9 de mayo de 1758. El cardenal Archinto, que al parecer era el deseado por las potencias europeas, reunió por de pronto veinte y tres votos; pero su partido declinó á favor del cardenal Cavalchini, por el cual se pronunciaron veinte y siete votos en 17 de junio; mas fué escludido por la Francia por ser muy afecto á los jesuitas y haber votado en favor de la canonizacion de Belarmino. El santo cardenal se mostró insensible á una exclusion tan dura y tan poco merecida. Diez y ocho votos se reunieron en favor del cardenal Passionei, aunque su humor caprichoso impidiera que fuera muy deseado, dice el abate jansenista Clemente, enviado á Roma por su partido á fin de que influyese en la eleccion y no omitiera nada á trueque de alcanzar una que fuese útil á su causa. Otros varios cardenales fueron sucesivamente preponderando. Entre ellos sobresalia Spinelli; pero temiendo ser escludido por la España, propuso al cardenal Carlos Rezzonico, que habia nacido en Venecia en 1693, obtenido el capelo en 1737 y el obispado de Pádua en 1743. En Pádua, sigue diciendo el abate Clemente, no conocian á Rezzonico mas que por e

nombre de Santo. Era un hombre ejemplar, que con las inmensas rentas de su diócesis y de su patrimonio, se veía siempre por sus limosnas en la precisión de buscar dinero, vendiendo á veces hasta su ropa blanca.... Cuando le propusieron nombrarle Pontífice, manifestó la mayor oposición, siguió rehusándolo por algún tiempo, y al fin cedió.... No tenía mas lazos con la sociedad que los que le imponía el aprecio que hacia de las personas notables por la regularidad de su conducta y el celo que manifestasen por las funciones de su ministerio (1). Sigue diciendo el abate «Al darle la primera noticia de la propuesta de su exaltación, la sorpresa y la admiración confundieron al instante el ánimo del buen cardenal: á lo cual se siguieron negativas terminantes, oposición, fiebre y clamores capaces de desconcertar el plan que se habian propuesto, y solo se le pudo calmar diciéndole que no se lo habian dicho mas que como proponiéndoselo y que de esta proposición podian desistir. Segun él, la Iglesia estaba perdida, si se confiaba á unas manos tan poco capaces de dirigirla; y luego ¿qué diria el universo de semejante elección? Todo este ruido pensó frustrar la empresa.» Rezzonico tuvo diez y ocho votos en 5 de julio, y en el acceso aparecieron treinta y uno en su favor. Semejante preferencia, otorgada á un cardenal veneciano en momentos de una rotura declarada entre la corte romana y la república de Venecia, hubiera causado la mayor admiración, si no fueran tan conocidas las admirables virtudes que la habian producido; pero todo el mundo, incluso los jansenistas y los filósofos, prodigó alabanzas á Clemente XIII. Las *Noticias eclesiásticas*, al hablar de la circular que el nuevo Pontífice dirigió á los obispos dándoles cuenta de su exaltación, dijeron que este buen Pontífice hablaba en ella de la

(1) *Diario de un viaje, y Correspondencia en Italia y España.*

abundancia de su corazón verdaderamente penetrado de bondad. «Los buenos ciudadanos, segun el conde de Albon (1), no podian pronunciar sin una tierna emoción el nombre de Clemente XIII, que verdaderamente era el padre del pueblo, y nada deseaba mas que hacerle feliz, dedicándose á esta empresa con el mayor celo.» Citemos por último las palabras del filósofo Lalande: «Clemente XIII tiene unas costumbres irreprochables, una piedad ejemplar y una dulzura inalterable. Los males de la Iglesia no le arrancan mas que lágrimas. He admirado su celo, su vigilancia y su moderación aun al hablar de aquellas personas que menos acreedoras eran á su consideración (2).» Sin embargo, los filósofos y los jansenistas, á quienes la fuerza de la verdad arrancaba tales elogios, sembraron de espinas el camino que Clemente XIII estaba llamado á recorrer.

De los progresos que la escuela filosófica habia hecho puede juzgarse por la circunstancia verdaderamente notable de que uno de sus adeptos no temió poner su nombre al frente de un libro en que establecía el materialismo y el fatalismo, destruía la moral, lo atribuía todo á la sensibilidad física, y no viendo en las virtudes mas que el interés llenaba de aridez el alma y envilecía los mas loables afectos. Estas monstruosas opiniones, confesadas con tanta desfachatez por el autor, encontraron un censor bastante necio ó bastante criminal, que les dió su aprobación. Hablamos del libro intitulado *de el Espíritu*, que con mucha mas razón hubiera podido intitularse *de la Materia*, segun la tendencia que su autor Helvecio manifestaba al materialismo mas abyecto. Mr. de Barante (3), que ha hecho el análisis de la filosofía de este autor, reconoce

(1) *Discurso sobre la Historia*, t. 2., p. 235.

(2) *Viaje á Italia.*

(3) *De la Literatura francesa durante el siglo XVIII.*

que su cabeza no tenia capacidad bastante para fundar un sistema; que el suyo es grosero, que degrada la moral haciéndola depender de lo físico, y que su doctrina puede traer funestas consecuencias. Helvecio se habia entregado al mayor desenfreno de costumbres. Grimm (1) es quien nos hace saber que «el amor á la reputación le sorprendió impensadamente en medio de su vida tempestuosa, y entonces se hizo alternativamente gémetra, poeta y metafísico. No habiendo tenido buen éxito sus ensayos en los dos primeros géneros, compuso el libro *de el Espíritu*, que tampoco le proporcionó la celebridad que se habia imaginado. Para esto habia procurado apartarse de las sendas conocidas, y así cayó en paradojas que no dieron á los filósofos una idea maravillosa de la exactitud y profundidad de su talento... Su sistema de moral, prosigue diciendo Grimm, es malo y falso en sus mismos cimientos. Grandes cargos tiene que hacerle la filosofía.» Voltaire, aunque era gefe de los filósofos que elogiaban el libro *de el Espíritu* y que se daban prisa á divulgarle porque nada les interesaba mas que el depravado afán de combatir la Religión, Voltaire no pudo menos en su Correspondencia secreta de confesar la estremada mediocridad de esta obra. Así es que en su carta á Thiriot, de 7 de febrero de 1759, le decia: «Puede criticarse al autor el no haber dado al libro un título que corresponda á su objeto; que algunos artículos sobre el despotismo son estranos á la materia de que trata; que algunas veces emplea mucho énfasis en probar verdades sabidas de todo el mundo, y que lo que es nuevo no siempre es cierto; que es ultrajar á la humanidad el querer poner en una misma línea el orgullo, la ambición, la avaricia y la amistad; que hay muchas citas falsas, demasiados cuentos pueriles, una

(2) Correspondencia literaria, filosófica y crítica dirigida á un soberano de Alemania. Segunda parte de 1770 á 1780, t. 2.

»mescolanza de estilo poético y campanudo con el lenguaje de la filosofía; poco orden, mucha confusión, un fastidioso empeño de alabar obras malas, y un tono mas repugnante aun de magisterio, etc.» También decia en su carta de 20 de enero de 1762 á Damilaville, que *este libro ofende demasiado á la moral*; y ni al mismo Helvecio disimuló su modo de pensar, pues en su carta de 13 de agosto de 1764, le echa en cara algunas proposiciones inmorales, y le critica el haber tomado por guía al autor de la *Fábula de las abejas*.

Por todas partes los hombres honrados lanzaron anatemas contra unas doctrinas que trastornaban las nociones del deber y de la virtud y que destruían la moral bajo el pretexto de reformarla. En vista de estas reclamaciones, el libro quedó prohibido por un decreto del Consejo. El arzobispo de Paris Mr. de Beaumont espidió, en 22 de noviembre de 1758, una Pastoral en la que especificaba los defectos de esta obra y procuraba que los fieles estuviesen prevenidos contra la seducción. No fué este prelado el único que se distinguió vigorosamente contra esta nueva tentativa de los filósofos. Clemente XIII, poniendo el sello de la autoridad apostólica á la sentencia dada contra el libro de Helvecio, le condenó en 31 de enero de 1759 por propender á destruir la Religión cristiana y á sofocar hasta la misma ley y probidad naturales.

La facultad de teología de Paris habia acordado examinar el libro *de el Espíritu* y terminó su censura en 9 de abril de 1759, quejándose en ella amargamente de los incensantes ataques de la filosofía y haciendo ver que Helvecio habia tomado la mayor parte de sus errores de Hobbes, Espinosa, Argens y La Mettrie: y al mismo tiempo calificó de un modo oportuno sus sofismas é impiedades, dividiéndolos en cuatro clases, á saber, relativos al alma, á la moral, á la Religión y al gobierno.

Respecto á la primera de estas, Helvecio habia sentado, casi desde la introduccion de la obra, el principio mas absurdo, diciendo: «Tenemos en nosotros mismos dos facultades, ó si me atrevo á decirlo, dos potencias pasivas, la sensibilidad física y la memoria, que son las causas productoras de nuestras ideas (1).» Mas como la memoria, segun él, no es mas que una sensacion continuada, todo queda reducido únicamente á la sensibilidad física. Entre nosotros y los animales no hay mas diferencia que una cierta organizacion exterior (2), pues la sensibilidad física nos es comun con ellos. Llega Helvecio hasta el extremo de poner en duda si la facultad de sentir es propia de todos los cuerpos (3), siquiera hasta el presente no haya sido observada mas que en los animales. Segun su modo de ver, los dogmas de la espiritualidad é inmortalidad del alma no son mas que «opiniones problemáticas, que los antiguos no adoptaban, que habian tenido su origen en Roma en tiempo de los primeros emperadores, y que no habian dejado de producir funestas consecuencias.» Tambien niega la libertad humana, y compara nuestras determinaciones á la accion de los dos brazos de una balanza.

Las extravagancias de Helvecio respecto á la moral son una consecuencia de semejante materialismo. A su modo de ver, «la moral se halla aún en su infancia: los fanáticos y semi-políticos se oponen á su desarrollo, y es preciso compaginar una moral experimental, así como la física, para que esta ciencia, vana hasta el presente, sea en lo sucesivo útil al universo.» Dice tambien que el dolor y el placer (4) son los únicos móviles del universo moral, y el interés propio (5) la única base de una moral útil; que la probidad no es mas que

el hábito de acciones útiles á la sociedad, y que la probidad de un particular apenas (1) produce ninguna utilidad al público. Recomendar la moderacion en los deseos, como lo hacen los sábios moralistas, es predicar en vano. «Aconsejar á un hombre que no sea ambicioso, es como si un médico digese á un enfermo: Cauterizo, no tenga usted calentura (2).» De la imprudencia y de la locura es de quien el cielo hace depender la conservacion de los imperios (3) y la duracion del mundo; la prudencia es el don mas funesto que el cielo puede otorgar á una nacion; el hombre es esclavo de la necesidad y del fatalismo. Helvecio llama al pudor invencion del amor y de la concupiscencia mas refinada; no tiene, pues, nada de extraño que en seguida haga la apologia de la corrupcion, representando á las mugeres viciosas como muy útiles al público (4), como impelidas por una caridad ilustrada y que hacen de sus riquezas un uso mejor que la muger piadosa; tampoco tiene nada de extraño que mas adelante diga que el libertinaje nada tendria de peligroso (5), si las mugeres fuesen comunes y los hijos fuesen declarados hijos del Estado. «Los lazos del parentesco, dice en otro pasaje, tienden á sofocar el amor de la patria. Los suicidas casi tanto merecen (6) el nombre de sábios como el de valerosos etc.» No acabariamos si fuésemos á enumerar todas las extravagantes máximas que produjo la pluma de Helvecio: afortunadamente su monstruosidad es de tal magnitud, que no necesita de refutacion.

Sin embargo, este desenfrenado pensador no se atrevió á esplicarse tan claramente al hablar del gobierno y de la Religion. Al tratar de estos objetos, satisfecho con haber negado

(1) *De el Espiritu*, p. 1-2.

(2) *Ibid.* p. 2-3.

(3) *Ibid.* p. 32.

(4) *Ibid.* p. 336.

(5) *Ibid.* passim, y particularmente p. 232.

(1) *De el Espiritu*, p. 81.

(2) *Ibid.* p. 571.

(3) *Ibid.* p. 583.

(4) *Ibid.* p. 168.

(5) *Ibid.* p. 147.

(6) *Ibid.* p. 450.

las bases en que ambos reposan, no ataca ya de frente, sino de flanco ó por retaguardia, valiéndose de artificios y alusiones mas ó menos encubiertas. En su concepto, la diferencia de Religion no es mas que una diferencia de opinion. «Un filósofo, remontándose sobre la tierra, dice Helvecio, puede romper de todo punto las trabas de las preocupaciones, examinar con ojos serenos la contrariedad de opiniones de los hombres, y pasar sin estrañeza desde el serrallo á la cartuja (1).» En otro lugar dice: «La esperanza ó el temor de las penas ó de los placeres temporales es tan eficaz como el de las penas ó placeres eternos.» Y añade: «Nada mas acertado pudo haber el fundador del imperio de los Incas, que anunciarse por de pronto á los peruanos como hijo del sol, y persuadirles que las leyes que les daba habian sido dictadas por su padre. Semejante mentira fué útil y hasta virtuosa.» No quiere que la moral se edifique sobre la Religion, aunque esta sea la verdadera, sino sobre bases de que no sea tan fácil abusar, como por ejemplo, la del interés personal.» Por lo tocante al gobierno, pretende que el monárquico reprime el vuelo del talento y obliga á callar grandes verdades. Habla con frecuencia de la tiranía y del despotismo; pero encubre con el velo de alusiones lo que no se atreve á decir abiertamente (2).

Tal era el libro de Helvecio, y parécenos que lo que acerca de él hemos dicho justifica bastante la proscripcion que sobre él recayó. El autor, acostumbrado á gozar en Paris una vida cómoda y á los placeres que proporciona una fortuna considerable, no quiso comprometer su bienestar obstinándose. Fingió, pues, abandonar su sistema, y dió dos retractaciones; la primera, larga é insuficiente, y la segunda mas terminante, aunque tampoco satisfactoria

del todo; pero á pesar de haberse retractado públicamente, no dejó de insistir en sus errores. A su muerte, que ocurrió en 1771, dejó una obra impresa con el título *De el Hombre*, de la que Voltaire dijo que ni siquiera tenia sentido comun (1). Esta rapsodia póstuma, en donde poco mas ó menos volvian á reproducirse los principios de su obra anterior, no era mas que *fárrago* (2), á los ojos del gefe de los filósofos, y aunque su estremado atrevimiento interesase alguna que otra vez la curiosidad, el libro en general le pareció *fastidioso*.

Cuando Helvecio se estaba retractando, Voltaire sacaba de su propia posicion nuevos alientos: esta fué en efecto la época en que desplegó sus alas con mas libertad. La secta, considerándole como caudillo, habia aumentado su poder y hasta habia llegado á ser decisiva su influencia. Despojándose, pues, de aquella timidez é indecision de que no habia podido eximirse hasta entonces, rompió todo freno. Situado lejos de Paris, junto á las fronteras del reino, que en caso de alarma le hubiera sido fácil atravesar, ¿qué aventuraba en abandonarse sin reserva alguna al torrente de sus dichos jocosos ó á las virulentas declamaciones tan aplaudidas de sus admiradores? Por los años de 1757, su correspondencia tomó un carácter de acrimonia y de sátira, usaba en ella de provocaciones y frases que suponian la existencia de un complot, y enarboló altivamente su bandera como gefe de partido. Mr. Lacrosette (3) ha demostrado la existencia de este complot, en confirmacion del cual se pueden invocar todos los escritos de Voltaire y de su escuela. Dicho autor, al hablar de los filósofos, dice: «La diversidad que habia entre sus talentos los hacia muy á propósito para producir el resultado al que

(1) *Carta á Saint-Lambert*, del 1.º de setiembre de 1773.

(2) *Correspondencia con d'Alembert*, carta del 16 de junio 1773.

(3) *Historia de Francia en el siglo XVIII*, t. 3.

(1) *De el Espiritu*, p. 110.

(2) *Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII*, t. 2, p. 349.

B. del C., tomo XXII.—IX.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO VII.